

Itinerario hacia la santidad

IX. Libres para ser santos

1. El gemido del Espíritu
 - a) El gemido del Espíritu en nuestro mundo
 - b) El gemido del Espíritu, impulso a la santidad
2. La decisión de ser santos
 - a) Nuestra reacción ante las dificultades
 - b) Cómo eludimos la decisión de ser santos
3. Santidad y libertad
 - a) El momento clave de la libertad
 - b) Verdadera libertad
 - c) Gracia y libertad
 - d) El amor y el acto de libertad
 - e) Dios nos hace libres
 - f) El salto de la libertad y el salto de la fe
4. Hacernos libres
 - a) Libertad y verdad
 - b) Fidelidad en el momento presente
 - c) Aceptar las consecuencias y los medios de la elección
 - d) Ejercitarnos en la libertad
 - e) Purificar la intención
 - f) Libertad y cruz
 - g) Libertad, cruz y muerte
5. Espíritu y libertad

1. El gemido del Espíritu

a) El gemido del Espíritu en nuestro mundo

San Pablo nos habla de una realidad misteriosa y profunda que tiene una gran importancia para quienes desean vivir a fondo la fe y llegar a ser santos:

Hasta hoy toda la creación está gimiendo y sufre dolores de parto. Y no solo eso, sino que también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo. Pues hemos sido salvados en esperanza. Y una esperanza que se ve, no es esperanza; efectivamente, ¿cómo va a esperar uno algo que ve? Pero si esperamos lo que no vemos, aguardamos con perseverancia. Del mismo modo, el Espíritu acude en ayuda de nuestra debilidad, pues nosotros no sabemos pedir como conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que escruta los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, y que su intercesión por los santos es según Dios. Por otra parte, sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien; a los cuales ha llamado conforme a su designio. Porque a los que había conocido de antemano los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, los llamó; a los que llamó, los justificó; a los que justificó, los glorificó (Rm 8,22-30).

Si miramos sin prejuicios a nuestro alrededor, podemos descubrir fácilmente que el mundo -sobre todo el occidental- ha abandonado en todos los campos la aspiración a lo mejor, a los valores, a la excelencia... Incluso la mayoría de los cristianos, influidos por ese clima, se conforman con la mera bondad humana como su máxima aspiración. Sin embargo, toda esta claudicación no nos ha hecho mejores, ni más felices. Por el contrario, nunca como ahora la humanidad ha elegido sumergirse voluntariamente en el pozo del sinsentido y la autodestrucción, mientras alardea de libertad y felicidad. Y esto es, precisamente, lo que resuena en el «gemido» del que habla san Pablo.

En el corazón de todos los seres humanos existe -aunque intentemos ignorarlo o ahogarlo- un gemido profundo y sordo que clama por una vida en plenitud, que grita por salir del vacío y del sinsentido, que anhela la liberación de tantas limitaciones -exteriores e interiores- que le llevan al enfrentamiento, al aislamiento y al fracaso en lo más profundo de su ser, en lo que realmente le importa.

La misma creación, desde el primer pecado del hombre, experimenta la violencia de ser utilizada para un fin distinto para el que fue creada, que es dar gloria a Dios y ayudar al hombre para que alcance la comunión con Dios. Todo el desorden, la confusión y la destrucción que sufre la creación constituyen un inmenso gemido que, aunque no lo queremos escuchar, está clamando por la liberación del hombre, para que también la creación sea liberada de la esclavitud que provoca nuestro pecado.

La creación fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por aquel que la sometió, con la esperanza de que la creación misma sería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios (Rm 8,20-21).

Este gemido de la humanidad y de la creación lo intentamos ahogar con todo tipo de ruido, pero emerge cuando el silencio, la soledad o el sufrimiento lo dejan salir; y expresa inconscientemente el ansia de una vida más plena, a la que solemos renunciar diciendo que «así son las cosas» o «eso es lo que hay»... Otras veces, ese gemido, transformado por la angustia y la desesperación, se convierte en grito de rebeldía y en blasfemia, pero no deja de expresar -en negativo- el anhelo por algo que, aunque desconocido, necesitamos apremiantemente.

Ese gemido, a pesar de ser ahogado o ignorado por nosotros, es atentamente escuchado por el corazón de Dios, especialmente por el Espíritu Santo que escruta nuestros corazones. Él conoce el sentido verdadero de ese gemido, y también las múltiples disonancias y distorsiones con las que ese gemido sale de nuestros labios o simplemente está resonando en nuestro interior. El Espíritu Santo sabe que el verdadero gemido de nuestra pobreza es capaz de conmover el corazón de Dios y que todas nuestras quejas,

rebeldías, blasfemias e insensatas peticiones están impidiendo que salga y pueda ser escuchado.

Es ahí donde aparece la tarea del Espíritu y la nuestra. Porque nosotros, que no sabemos pedir como conviene, tenemos las primicias del Espíritu, y podemos reconocer, con su ayuda, lo que hay de genuino en el gemido del mundo y en el nuestro. Y, por eso, podemos y debemos dejar que resuene en nosotros el gemido del Espíritu, que representa el verdadero anhelo del corazón humano y que encaja perfectamente con el deseo de la misericordia de Dios que quiere derramarse en nosotros. Dios espera a que esos gemidos entren en sintonía con el deseo de su corazón, gracias a la acción del Espíritu Santo, de modo que el gemido que surge de nuestra miseria y el gemido del Espíritu, unidos, pongan en movimiento el fluir de su misericordia.

El Espíritu busca personas en las que pueda sembrar su gemido, que es el anhelo de la miseria humana por la vida de Dios, por Dios mismo; personas que sean conscientes del hambre infinita que hay en su corazón, que dejen que surja la sed y el grito por el agua viva que les haga buscar a Dios como busca el agua el animal que muere de sed; personas que se conviertan en caja de resonancia, normalmente dolorosa, en la que se modulen y se dirijan a Dios el gemido de los hombres apartados de él y el de la misma creación oprimida por nuestro pecado.

Este gemido es un doloroso anhelo, del que algunos son conscientes desde niños y del que otros se hacen conscientes en algún momento de su vida, y es lo que mueve la vida de esas personas hacia Dios. Es el verdadero impulso hacia la santidad, que no nace de un cálculo humano, ni de nuestra decisión, sino de la energía que imprime a nuestra vida el doble gemido de nuestra pobreza y del Espíritu de Dios.

¿Qué podemos hacer ante esta misteriosa fuerza que toma forma de gemido divino? Quizá lo único que esté en nuestra mano sea ponernos ante Dios con sinceridad y decidir si estamos dispuestos a ser llamados, empujados y consagrados por ese impulso

del Espíritu hasta que domine y configure nuestra existencia y nos haga capaces de reproducir la imagen de Cristo, que asumió nuestro gemido en Getsemaní («que pase de mi este cáliz»: Mt 26,39) y en la Cruz («tengo sed»: Jn 19,28), y lo convirtió en clamor salvador («no se haga como yo quiero, sino como quieres tú»: Mt 26,39; «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu»: Lc 23,46).

Quizá nuestra oración debería consistir, fundamentalmente, en acoger en silencio amoroso el gemido del Espíritu, que es como la compuerta tras la que se embalsa el infinito lago de la Misericordia, que está esperando derramarse torrencialmente en el mundo si tomamos libremente la decisión firme de dejar que esa compuerta se abra en nuestro interior.

b) El gemido del Espíritu, impulso a la santidad

Así pues, el Espíritu gime en nuestro interior para atraernos a Dios, pero requiere de nuestra libertad, por la que nos dejamos arrastrar por esa atracción; porque ese gemido no se nos impone, sino que debemos consentir a él, en vez de ahogarlo, unirnos a él con nuestro propio gemido, y dejar que nos inunde, nos arrastre y nos transforme.

Es aquí donde aparece la dificultad: no en el gemido del Espíritu, que desea constantemente ser respondido por la misericordia divina, sino en nuestra respuesta a la invitación que Dios nos hace por medio de ese gemido. Es nuestra libertad el elemento que decide, de hecho, el resultado de la llamada que Dios nos hace al sembrar en nosotros el gemido del Espíritu. Y, por esa razón, podemos afirmar que nuestra libertad es la clave de la santidad, que en el fondo consiste en dejarnos inundar y mover por el gemido del Espíritu que nos lleva a la unión con Dios. Es lo que vemos en los santos, que se han dejado desbordar y arrastrar por el gemido del Espíritu y el gemido del mundo, de modo que libremente han permitido que su vida se moviera por donde el Espíritu los llevaba. Pero nosotros, tan preocupados en teoría por la santidad, o bien

utilizamos nuestra «vida espiritual» para ignorar esos gemidos o intentamos domesticarlos para que no nos lleven demasiado lejos. La consecuencia de esto es que acabamos centrados en nuestros propios gemidos humanos, que nos arrastran al pequeño mundo de nuestras preocupaciones egoístas y nos aíslan del torrente de la gracia que lleva a la salvación. Así pues, podemos decir que la diferencia fundamental entre los santos y nosotros consiste en reconocer o ignorar los gemidos del mundo y del Espíritu y dejarse arrastrar por ellos o resistirse; y eso sólo depende de nuestra libertad.

Si esto es así, la santidad no es una especie de ideal teórico que deducimos del Evangelio, o el comportamiento que decidimos nosotros en función de nuestros gustos o necesidades, sino que viene determinada por el proyecto que Dios estableció para todos y cada uno de nosotros desde toda la eternidad; algo que nosotros no podemos decidir ni cambiar y que consiste fundamentalmente en nuestra transformación en Cristo, a la que alude san Pablo al decirnos que nos revistamos «de la nueva condición humana creada a imagen de Dios» (Ef 4,24); por lo tanto, la santidad viene determinada por Dios tal como nos lo ha manifestado en su Hijo, que es el modelo perfecto de santidad.

Y esta santidad es el fruto de la docilidad al gemido del Espíritu que suscita en nuestro corazón una profunda ansia de salvación y de plenitud para nosotros, para todos los hombres y para la creación entera, empujándonos hacia la meta concreta para la que Dios nos ha creado. Se trata, por tanto, de algo que no podemos controlar puesto que no podemos saber de antemano a dónde nos llevará el Espíritu (cf. Jn 3,8). La santidad es un proyecto de Dios que debemos -y, por tanto, podemos- conocer; y para ello, Dios mismo se revela a la humanidad y nos da a su Hijo y al Espíritu Santo. Y a partir de Cristo, y por medio del Espíritu Santo, Dios nos atrae a él como nuestra vocación e identidad... ¿No se refiere a esto san Pablo cuando habla de que el Espíritu Santo «intercede» en nuestro interior con gemidos inefables (Rm 8,26)? Así es como en los santos se realiza la plenitud de lo humano y de lo cristiano,

algo que ni conocemos ni sabemos pedir, por lo que necesitamos el gemido del Espíritu.

Sin embargo, por lo que normalmente gemimos es por otras cosas, que no tienen que ver con el anhelo profundo del mundo ni con el gemido del Espíritu, y por eso no llegamos a saber realmente nada, y nuestra vida cristiana no despegas del nivel más elemental o humano. Pero es importante que tomemos conciencia de que todo eso que no conocemos y a lo que debemos aspirar es lo que el Espíritu Santo conoce y por lo que gime.

Ese gemido del Espíritu no es sólo el grito lastimero de nuestra menesterosidad, sino la petición de lo único que necesitamos, lo inefable, que es la santidad, con la transformación y la comunión con Dios que conlleva; eso es, además, lo que necesita la creación para dejar de gemir: que el ser humano se realice en la plenitud para la que ha sido creado y para la que se le ha dado la creación. Por eso, Jesús dirá: «Nadie puede venir a mí, si el Padre no lo atrae» (Jn 6,65): esa atracción la suscita Dios en nuestro interior por medio del Espíritu, y se manifiesta y realiza -al menos en parte- por medio del gemido-petición que pone en sintonía nuestra pobreza con la misericordia de Dios.

Si esto es así, debemos aceptar esa atracción como un llamamiento que, por venir de Dios, no lo podemos configurar a nuestro gusto. Sólo cabe aceptarlo o rechazarlo. En el uso de nuestra libertad podemos negarnos a él o podemos consentirlo, pero no podemos cambiarlo. En el fondo, se trata de la cuestión de la coherencia fundamental de nuestra vida: ser o no ser lo que tenemos que ser, que es aquello para lo que Dios nos ha creado:

Desgraciadamente hemos acotado la santidad dentro de una esfera moral. La palabra «santidad» está reservada a los hombres que se distinguen por su virtud heroica. Parece presuntuoso aspirar a la santidad. Pero la santidad es, antes que nada, una realidad ontológica; es decir, ligada al mismo ser. Y como no nos consideramos santos, no podemos actuar como santos. «Sois... vivid pues...» (Ef 5,8). La santidad debería ser nuestro punto de partida y nuestra finalidad. Si avanzásemos por la vida con esta convicción íntima: «He nacido de Dios», nos comportaríamos de otra manera. Miraríamos también a los demás de manera

distinta: reconoceríamos en ellos, en efecto, la vida divina. E incluso las cosas se nos mostrarían de manera nueva, pues ellas son también un testimonio de esta misma vida. El mundo se convertiría en un templo y la vida en una liturgia¹.

Pero ser lo que tenemos que ser supone necesariamente que abandonemos lo que somos. Para cumplir la voluntad de Dios sobre nosotros debemos renunciar a nuestra propia voluntad como principio rector de nuestra vida, como quien se despoja de un vestido viejo para vestirse otro nuevo:

Vosotros, en cambio, no es así como habéis aprendido a Cristo, si es que lo habéis oído a él y habéis sido adoctrinados en él, conforme a la verdad que hay en Jesús. Despojaos del hombre viejo y de su anterior modo de vida, corrompido por sus apetencias seductoras; renovaos en la mente y en el espíritu y *revestíos de la nueva condición humana creada a imagen de Dios: justicia y santidad verdaderas* (Ef 4,20-24).

El gemido del universo que suspira por la redención y el gemido del Espíritu en nuestro interior son realidades verdaderas y universales que nos recuerdan que todos estamos llamados a ser santos, porque todos estamos sujetos a este empuje interior de Dios en nuestra alma. Ya hemos aludido en diversas ocasiones al llamamiento universal por parte de Dios a la santidad como algo nuclear en la misión y predicación de Cristo, subrayando que, puesto que todos debemos ser santos, la santidad tiene que ser simple y fácil, pues de lo contrario no sería para todos². Como decía santa Teresa de Calcuta: «La santidad no es un lujo para unos pocos, sino un simple deber para todos»³.

De hecho, la Palabra de Dios no contempla nuestra santidad como una recomendación, sino como un imperativo; y no sólo para algunos «elegidos», sino para todos. Recordemos la Alianza que Dios sella solemnemente con su pueblo en el Antiguo Testamento y que se abre con una clara exigencia de santidad en virtud de la santidad propia de Dios: «Sed santos porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo» (Lv 19,2; cf. 11,44: «Santificaos y sed santos, pues yo soy santo»). De hecho, Dios elige a su pueblo principalmente para que sea santo, dedicado y consagrado a él: «Porque tú eres un pueblo santo para el Señor, tu Dios; el Señor, tu Dios,

te eligió para que seas, entre todos los pueblos de la tierra, el pueblo de su propiedad» (Dt 7,6).

En la misma línea, la revelación de Jesús mantendrá con fuerza el imperativo de la santidad: «Sed perfectos como vuestro padre celestial es perfecto» (Mt 5,48), lo que significa que tenemos que tomarnos la santidad muy en serio. Evidentemente no se trata de que tengamos que alcanzar la perfección objetiva absoluta, que solo tiene Dios, sino de buscar aquella perfección que pertenece a su esencia divina, que es el amor.

Sin embargo, resulta muy difícil tomarse en serio esta exigente llamada a la santidad cuando se ha desvirtuado la vida cristiana convirtiéndola en un espiritualismo sentimental, en un ritualismo frío o en un compromiso social acorde con los valores de moda en el mundo; lo que ha hecho que la salvación que ofrece Jesucristo quede reducida a un nirvana cristiano, a la simple recompensa de nuestros méritos o a la consecución de un mundo humanamente mejor.

Es innegable que muchos cristianos -quizá la mayoría- se conforman con los mínimos o el mero cumplimiento, para no complicarse una vida bastante acomodada al espíritu del mundo. Pero también existen otros cristianos -no pocos- que han experimentado la gracia de un fuerte impulso de Dios o han descubierto la verdad y la fuerza del Evangelio, lo que los ha llevado a un gran convencimiento de fe y un apasionado deseo de vivir a fondo el seguimiento de Cristo. Y una de las experiencias más generalizadas entre estos cristianos es la dificultad que tienen para alcanzar en la práctica la santidad a la que aspiran. De hecho, les resulta muy frustrante ilusionarse con la belleza de la santidad, desearla apasionadamente y tratar de alcanzarla con todas las fuerzas para acabar atrapados en una mediocridad de la que parece imposible salir.

La predicación de Jesús nos presenta la santidad como un camino que, aunque tenga aspectos duros, no es especialmente complicado. La razón de esta simplicidad estriba en que la

santidad se apoya, no tanto en nuestras capacidades, sino en el don de Dios. Por eso san Pablo, antes de decirnos que hemos sido elegidos para ser santos, nos recuerda que «hemos sido bendecidos en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos» (Ef 1,3) y por él se nos ha concedido generosamente la gracia (Ef 1,6).

Dios es el que nos regala la transformación en Cristo -que es la santidad- con la única condición de que consintamos en ella. Por eso no debemos separar la dureza que puede suponer el camino a la santidad del don que hemos recibido con Cristo y que la hace posible; razón por la cual Jesús nos puede decir que lo que necesitamos para entrar en el reino de los cielos es hacernos como niños (cf. Mt 18,3), y que él se manifiesta a los pequeños, no a los sabios y entendidos (cf. Mt 11,25).

Es cierto que el Señor llama a cargar con la cruz para poder seguirle (cf. Mt 16,24), pero también nos dice que ese yugo es llevadero y esa carga es ligera (cf. Mt 11,29-30), porque es «su yugo», el que nos une a él y llevamos con él. Y, por otra parte, cabe recordar que cuando el Señor habla de los dos caminos -el que lleva a la perdición y el que lleva a la vida-, lo que subraya del camino estrecho es que «pocos dan con él», no es que sea difícil de recorrer, sino que es difícil de encontrar. Además, no olvidemos que, por muy difícil que nos pueda parecer la santidad, lo que es imposible para nosotros es posible para Dios (cf. Mt 19,26; Lc 1,37).

Más aún, si la santidad es el camino que Dios propone a todos, tiene que ser posible para todos y, por tanto, lo suficientemente simple como para que todos lo puedan entender, y no tan duro como para que todos lo puedan recorrer. Lo cual nos lleva a plantearnos que, si esto es así, ¿por qué en la práctica la santidad resulta casi imposible de alcanzar?

2. La decisión de ser santos

Si de verdad aceptamos el imperativo de la santidad como universal y dirigido personalmente a cada uno de nosotros, debemos

tener muy claro en qué consiste la santidad, cuál es el camino para alcanzarla y las dificultades que pueden impedir que la consigamos. Para responder a todo ello vamos a centrarnos en iluminar, desde la oración, estos tres elementos: a) la dimensión objetiva de la santidad (la santidad verdadera), b) el camino para alcanzarla (la decisión como ejercicio de la libertad), y c) las dificultades que aparecen (especialmente las que se refieren a esa decisión).

Si no tenemos claro esto, nuestro deseo de santidad no pasará de ser una simple veleidad, que se quedará en el «me gustaría» y no llegará a la decisión real y efectiva de ser santos. Por lo tanto, hemos de encontrar los elementos fundamentales e inmutables que constituyen la verdadera santidad y el camino real por el que alcanzarla. Y, como hemos visto, la santidad, por ser don y llamada de Dios, tiene que ser algo verdadero, simple, claro y posible; tiene que poder ser entendida y vivida por todos para constituir el objetivo al que Dios llama a toda la humanidad.

La santidad nos parece terriblemente difícil... porque ni siquiera nos preguntamos nunca seriamente en qué consiste⁴.

La cuestión es principalmente personal: si quiero iniciar en serio el itinerario de la santidad debo empezar por preguntarme en qué consiste lo específico de la santidad para mí, descubriendo los elementos concretos que la hacen posible, y así poder salir de la impresión de que es algo tan difícil que prácticamente me resulta imposible y, por tanto, no estoy obligado a alcanzarla.

Lo cual va unido a lo general, que nos lleva a preguntarnos sobre los elementos concretos -y accesibles para todos- que nos conducen a la santidad. Quizá los podamos descubrir si buscamos el denominador común que tienen todos los santos, lo que nos mostrará que en todos ellos hay una sencilla y firme decisión de ser santos, cueste lo que cueste; lo que santa Teresa de Jesús denominaba una «determinada determinación». Junto con eso, hay una conciencia nítida de la misión a la que Dios les llama y una voluntad decidida de cumplirla. Además, tienen un conocimiento claro y una humilde aceptación de su propia pobreza. Y en este punto se encuentran con el hecho de que su pobreza y sus limitaciones

hacen prácticamente imposible cumplir la misión que pretenden, a lo que se suman las dificultades ambientales, la poca comprensión de su entorno y la falta de ayuda eficaz en su propósito.

Y una vez que hemos alcanzado la claridad en el planteamiento y la firme decisión de poner los medios, hemos de encontrar la respuesta evangélica a las dificultades -exteriores e interiores- que inevitablemente aparecen en el camino. Normalmente los problemas que nos presenta la vida tienden a centrar nuestra atención de tal manera que empleamos todas nuestras fuerzas en preocuparnos, dándoles vueltas en nuestra cabeza para entenderlos, justificarnos, eludirlos o resolverlos. Lo cual, no solamente no evita las dificultades, sino que las suele complicar y, además, nos quita la paz. Y, sobre todo, se trata de un enfoque complicado y desasosegante que no es de Dios. Las cosas de Dios ciertamente pueden ser duras o dolorosas, pero nunca son complicadas ni agobiantes, de manera que, para encajar las dificultades de la vida y convertirlas en medios que nos ayuden a alcanzar la santidad tenemos que mirarlas y aceptarlas con la misma simplicidad con la que Dios las ve y las acepta. Y esto es fruto del reconocimiento sereno de nuestra condición de pobres y de la aceptación y ofrecimiento de nuestra pobreza a Dios como acto de amor y adoración⁵. Ésa es la actitud con la que abrazamos la cruz y la convertimos en instrumento de salvación para nosotros y para los demás; y en esa actitud debemos asumir sencillamente cualquier problema o dificultad que encontremos en el camino de la vida.

a) Nuestra reacción ante las dificultades

En este punto es donde aparece una de las grandes diferencias entre los santos y nosotros: ellos cuentan con las dificultades de todo tipo -personales y ambientales-, mantienen su decisión de seguir radicalmente a Cristo en medio de ellas y son capaces de aprovecharlas como una palanca hacia la santidad.

Muy probablemente la razón por la que desistimos de la santidad o la desvirtuamos es porque no estamos dispuestos a abrazar una meta que conlleva dificultades aparentemente superiores a

nuestras fuerzas y no podemos contar con la multitud de ayudas de las que nos gustaría disponer para alcanzar la meta sin apenas esfuerzo. Y así la santidad resulta imposible.

En este sentido, al contemplar a Jesús vemos cómo nos da ejemplo de fidelidad a su misión sin contar con la comprensión y el apoyo de los que tendría derecho a disponer⁶. Esto tiene que ayudarnos a aceptar que la santidad conlleva dificultades, porque, de lo contrario ¿qué tipo de santidad sería la que no cuesta absolutamente nada? Una cosa es que no sea difícil y otra muy distinta es que no exija ver, aceptar o decidir en libertad. Ahora bien, cuando aparecen las dificultades surgen en nosotros dos tipos de reacciones, aparentemente opuestas, pero que coinciden en impedirnos abrazar el camino a la santidad de forma realista:

- Algunos piensan que, si su objetivo de ser santos no es entendido o aceptado a su alrededor, o no encuentran el apoyo que necesitan, están dispensados de pretender alcanzarlo o se les permite modificarlo para lograr la aceptación o colaboración a las que creen tener derecho. En la práctica, tanto la falta de aceptación como la falta de ayuda son las dos principales excusas para renunciar a la santidad verdadera.
- Otros se lanzan a una batalla abierta para defender algún aspecto aislado de la vida cristiana que ven desatendido en los demás. Esta es, en el fondo, la manera de exacerbar el conflicto real entre la fe y el mundo, y de ese modo, sustituir inconscientemente la auténtica lucha personal para alcanzar la santidad por el vistoso «martirio» que sufre quien defiende exageradamente una causa legítima no esencial que ha elegido para justificarse.

Ninguna de las dos reacciones acepta las dificultades que el ambiente social y eclesial impone al que busca la santidad y, en consecuencia, tampoco acepta la soledad que necesariamente experimenta el que decide ser santo de verdad. En un caso no se acepta la soledad que comporta la fidelidad al seguimiento de Cristo, y en otro se abraza la soledad, pero sólo como

consecuencia de un objetivo elegido arbitrariamente. Aunque muy diferentes, ambas posturas tienen en común la falta de interés real por la santidad objetiva y por la renuncia a uno mismo. Estamos, pues, ante dos formas de afirmarnos a nosotros mismos, lo que hace imposible la santidad; lo cual, además, queda en evidencia por la falta de los frutos que son propios de una vida santa. En cualquier caso, recordemos que, como ya dijimos, ser santo sólo es posible si cumplimos la voluntad de Dios, sin recortar o cambiar nada de lo dispuesto por él.

Notemos, sin embargo, que cuando hablamos de la experiencia de soledad de los santos ante las dificultades, esto no significa que hayan carecido de cualquier tipo de ayuda; de hecho, la mayoría de los santos que conocemos han recibido la ayuda de Dios de diferentes maneras. Pero ningún apoyo, por grande que haya sido, les ha librado de dar los pasos fundamentales de su vida de fe en soledad. Y quizá ahí esté el mayor obstáculo de la santidad y en el que más cristianos caen, posiblemente porque es donde se juega todo en el verdadero salto de la fe. Hay que disponerse a aceptar que en el discernimiento fundamental o en las decisiones más importantes vamos a estar solos, privados de la ayuda de los demás justamente cuando más la necesitamos. Ahí es donde se da el salto de la fe, el acto de esperanza y la ratificación de la verdadera entrega en el amor. Éste es, precisamente, el punto en el que uno acepta la cruz, muere a sí mismo y empieza a seguir al Señor. Es el momento inicial de mayor riesgo y en el que la mayoría de los cristianos sucumben a la tentación de pensar que tienen derecho a que se les ayude a conseguir fácilmente el objetivo, sin darse cuenta de que así están evitando el acto decisivo de fe y amor en el que se juega todo.

b) Cómo eludimos la decisión de ser santos

Además de rehusar ser santos para evitar tener que aceptar las dificultades propias del camino que lleva a la santidad, también

empleamos otros mecanismos para sortear la decisión misma. A veces echamos mano, más o menos conscientemente, de sofismas o falsos razonamientos para evitar la decisión firme y verdadera de ser santos. Los más comunes son los que afectan a la santidad como algo imposible, contradiciendo la misma Escritura: «Jesús lo hizo porque era el Hijo de Dios, pero yo soy un simple humano que no puede llegar tan alto» o «este tipo de heroísmos es para personas excepcionalmente capacitadas». También están los argumentos de los que, reconociendo el llamamiento universal a la santidad, se escudan en sus propias limitaciones para afirmar que constituyen la excepción: «Todos tenemos que ser santos, pero yo soy un caso excepcional dadas mis particulares limitaciones».

Otro modo de eludir la decisión de ser santos, aunque afirmándola en teoría, consiste en retrasar la disposición concreta de abrazarla realmente, posponiéndola una y otra vez para mañana. Aceptamos la llamada personal a la santidad, reconocemos la gracia, sabemos cuáles son los pasos que hay que dar, no negamos nada de todo ello..., pero lo dejamos para más tarde. Nos quedamos tranquilos porque no negamos nada a Dios, y podemos seguir en nuestra comodidad porque no le hemos dado nada todavía. Es la postura del segundo binario de los Ejercicios de san Ignacio, que deja para más tarde la decisión necesaria para su conversión y le llega la muerte en esa disposición. En la práctica, apenas se diferencia del primer binario, que dice abiertamente que no a Dios, salvo que aquél puede quedarse con la conciencia tranquila porque le ha respondido aparentemente que sí, lo que resulta más peligroso por ser más difícil de desenmascarar el engaño⁷.

Una frecuente tentación que obstaculiza la conversión propia de la santidad consiste en buscar o crear un problema «importante» -normalmente irrelevante o irreal- que nos impida plantearnos la santidad de modo realista, convirtiéndola en un problema secundario: «¿Cómo voy a plantearme la santidad si tengo este gran pecado, debo tomar esta importante decisión o afrontar esta situación extraordinaria? ¿Cómo puedo plantearme egoístamente

ser santo sin encontrar mi respuesta personal a la grave situación que atraviesan el mundo, la Iglesia, mi familia, etc.? Cuando supere ese pecado, cuando solucione esa situación familiar o se resuelvan los problemas más urgentes del mundo o de la Iglesia ya será tiempo de plantearme mi santidad». Siempre podremos encontrar o inventarnos problemas o situaciones que puedan pasar por más importantes o urgentes que la santidad, pero no dejan de ser excusas para alimentar un sofisma que no tiene en cuenta que la santidad siempre es posible en las circunstancias de cada uno y de su entorno, como demuestran los santos de manera irrefutable.

Tampoco falta quien huye sin más de la llamada a la santidad, para lo cual abandona la oración o la hace mal, no se detiene a pensar, huye de la Palabra de Dios o elude considerar el ejemplo de los santos, evitando todo lo que pueda recordarle la cuestión. Esto se hace a veces de forma más descarada y mundana, pero otras de manera más disimulada, sobre todo creando un modo de orar que impida escuchar la llamada de Dios, para lo cual llenará la oración de palabras o devociones, la convertirá en un ejercicio de vaciamiento de la mente o, simplemente, se abandonará en ella a la evasión o al sueño.

Dicho en positivo y resumidamente: para ser santo debo quererlo de verdad, y, por lo tanto, conocer y aceptar mi pobreza, abrazar apasionadamente mi misión, y asumir como normal que he de recorrer el camino prácticamente solo y en medio de dificultades. A partir de aquí, todo depende de que mantenga viva la conciencia y aceptación de esta simple realidad y la vaya adaptando pacientemente a lo concreto de los diferentes elementos que configuran mi vida ordinaria.

3. Santidad y libertad

a) El momento clave de la libertad

Así pues, el punto en el que se juega todo es aquel en el que se decide nuestra vida en su relación con lo esencial. Se trata de un

punto o momento clave, que es claro y simple, y del que depende, a su vez, la claridad y simplicidad de la santidad. Y ese punto es el de la libertad.

Si por nuestra parte la clave de la santidad es la decisión de ser santos, la libertad es ciertamente la puerta de esa decisión. Pero, a la vez y precisamente por eso mismo, la libertad constituye el gran obstáculo para ser santos. Tengamos en cuenta que somos libres y, en consecuencia, tenemos la capacidad para dar el salto de la fe y entregarnos voluntariamente a las llamas del amor de Dios para ser transformados. Pero también podemos negarnos a esa transformación, podemos rechazar la gracia, hacer una «re-lectura» interesada del Evangelio o de las Bienaventuranzas, todo con el fin de endurecernos en nuestro amor propio, poniendo un dique a la invasión de Dios. Ése es el riesgo de la libertad, esencialmente unido al riesgo del salto de la fe en el que nos lo jugamos todo. Además, el demonio no va a dejar de intervenir en ese momento decisivo, en el que se hace especialmente presente la gracia de Dios, y en el que la respuesta de nuestra libertad puede impulsarnos con fuerza a ser santos. Por eso, nuestro enemigo intentará manipular la gracia y nuestra libertad para evitar que tomemos en firme la decisión que nos llevaría a la santidad.

De manera que necesitamos ser libres, realmente libres, para ser santos. Porque si no somos libres de verdad, no podemos hacer discernimiento, ni conocer la voluntad de Dios, ni amarle a él o al prójimo, ni dar el salto que constituye y expresa la fe verdadera. Por eso, sin libertad es imposible ser santos; y, en consecuencia, la primera gran tarea del que anhela vivir plenamente la vida cristiana consiste en hacerse libre, puesto que, si somos sinceros, debemos partir de la base de que, mientras no se demuestre lo contrario, no somos libres, y por esa razón estamos obligados a trabajar denodadamente para serlo.

b) Verdadera libertad

Llegados aquí, y antes de seguir adelante, es preciso que nos detengamos brevemente a considerar lo que es realmente la

libertad. Porque los conceptos tan básicos como «amor», «verdad» o «libertad» sufren tal confusión en el lenguaje y en las ideas que resulta muy difícil entender bien lo que queremos afirmar para poder plasmarlo adecuadamente en nuestra vida cristiana. Es lo que Bernanos dice de la libertad física y política, pero que se puede aplicar igualmente a la libertad fundamental, que es la interior:

La peor amenaza para la libertad no es que uno se la deje quitar [...], es que uno haya perdido el aprecio por ella, que ya no se la comprenda⁸.

Para mantenernos en la verdad necesaria para la fe, y con escándalo del mundo, hemos de afirmar rotundamente que «en su esencia, la libertad es la facultad de obrar el bien; el poder de obrar el mal no es de su esencia. Sólo hay libertad donde hay fuerza para vencer el mal»⁹. Éste es el único planteamiento que nos permite comprender cómo la gracia de Dios, lejos de limitar la libertad, la potencia; es el enfoque que nos muestra la necesidad de la libertad para ser santos.

Lo cual nos lleva a hacer una serie de afirmaciones fundamentales para nuestra vida espiritual, de acuerdo con la fe de la Iglesia expresada en el *Catecismo de la Iglesia Católica*. Ciertamente «la libertad es el poder, radicado en la razón y en la voluntad, de obrar o de no obrar, de hacer esto o aquello, de ejecutar así por sí mismo acciones deliberadas» (n. 1731), pero esta descripción de la libertad humana sería incompleta y falsa si olvidáramos que «la libertad es en el hombre una fuerza de crecimiento y de maduración en la verdad y la bondad» y que «la libertad alcanza su perfección cuando está ordenada a Dios, nuestra bienaventuranza» (n. 1731). Es cierto que «la libertad implica la posibilidad de elegir entre el bien y el mal, y por tanto, de crecer en perfección o de flaquear y pecar» (n. 1732), pero «no hay verdadera libertad sino en el servicio del bien y de la justicia» (n. 1733). De modo que la elección del mal -el pecado- es un abuso de la libertad, no su ejercicio correcto; y, como consecuencia, «la elección de la desobediencia y del mal es un abuso de la libertad y conduce a “la esclavitud del pecado”» (n. 1733)¹⁰. Esto contradice ciertamente el concepto moderno y

postmoderno de libertad, que lleva a la rebeldía contra Dios, contra toda norma y contra el mismo ser del hombre y del mundo.

Así pues, el crecimiento en la vida espiritual exige el convencimiento de que «el ejercicio de la libertad no implica el derecho a decir y hacer cualquier cosa. Es falso concebir al hombre, “sujeto de esa libertad, como un individuo autosuficiente que busca la satisfacción de su interés propio en el goce de los bienes terrenales”» (n. 1740). Nuestra dependencia de Dios no sólo no es un obstáculo para nuestra libertad, como afirma el pensamiento moderno, sino que «reconocer esta dependencia completa con respecto al Creador es fuente de sabiduría y de libertad, de gozo y de confianza» (n. 301). De modo que, si queremos ser realmente libres, el camino no es la «independencia» respecto de Dios, sino la acogida de su gracia, como una forma gozosa y libre de dependencia que nos hace capaces de elegir el bien, a pesar de que partamos de una libertad limitada y dañada (cf. n. 1742).

Por lo tanto, y como veremos más adelante con detenimiento, somos libres sólo para orientarnos hacia el bien y hacia Dios; en definitiva, para dejarnos impulsar por el Espíritu Santo. Eso significa que si queremos ser santos hemos de desechar la idea de libertad como la capacidad de elegir a Jesucristo y los valores que encarna sin desentonar del mundo, porque sería el modo de aplicar a los valores del Evangelio y al seguimiento de Cristo lo que pretende la mal entendida libertad postmoderna, que es crear una realidad a nuestro gusto; y así podríamos definir a nuestra conveniencia la esencia del ser humano, la sexualidad, la santidad o el mismo Cristo.

Pero, en rigor, no tenemos libertad para redefinir a Cristo, su mensaje y su seguimiento, sino sólo para elegir lo que nos ofrece él, que es el único camino verdadero que lleva a la vida (cf. Jn 14,6). No somos libres para ser mediocres, sino para amar, y no de cualquier manera, sino radicalmente. Por eso Jesús, para hacernos libres, llevó el amor hasta el extremo de la locura, de modo que solo un amor apasionado y «loco» puede corresponderle como adecuada respuesta. Y aquí, nuevamente, el salto de la fe nos

remite al amor, pero al estilo del amor que es propio de Dios, que es la locura. Y esa locura no es otra que el amor apasionado por el Señor, en la aceptación de que se trata de un amor tan por encima de lo humano que es inconcebible para el mundo, al que le parece una verdadera locura.

Esto tiene como consecuencia que el amor de Dios lleva necesariamente a relativizar todas las realidades que no son Dios, para concederle a él la primacía absoluta en nuestra vida. Es lo que el Señor nos dice con las parábolas del tesoro y de la perla (Mt 13,44-46). Cuando uno descubre que Dios le ama infinita y realmente, todo lo demás cobra un valor tan relativo que ya no tiene fuerza para condicionar sus convicciones o forzar sus decisiones, de modo que se ve liberado de todas las ataduras y puede elegir aquello que es verdadero o bueno en sí mismo.

Y en la misma línea del amor que sustenta la libertad hay que tener en cuenta que para ser auténticamente libres debemos establecernos en la verdad, lo que significa que hemos de ser muy conscientes de nuestra realidad, especialmente de sus aspectos más negativos o dolorosos. Esto es fundamental para poder aceptar de manera realista nuestra miseria como base para ofrecérsela a Dios en un ejercicio de libertad por el que nos desprendemos de lo que es más «nuestro», aceptamos morir a nosotros mismos y abrazamos la cruz, dispuestos a pagar generosamente el precio del amor que nos introduce en la fe a través de un salto imposible, elegido libremente en todas sus etapas y con todas sus consecuencias.

c) Gracia y libertad

El cristiano no ejercita la libertad de manera genérica, lejos de toda influencia, como quien se pone por iniciativa propia ante el Evangelio y decide abrazar sus valores o rechazarlos. La decisión libre de optar por la santidad, en la que debemos ejercer la libertad, se realiza ante la atracción que obra el Espíritu Santo sobre cada persona y ante las otras atracciones que lo apartan de Dios: carne, mundo y demonio. El Espíritu, que actúa interiormente en el

creyente, toma la iniciativa y lo atrae a la comunión de amor con Dios. Pero, por ser un acto de amor, esta acción interior divina exige una respuesta de amor que solo puede darse como fruto de un acto de libertad, por el que el individuo puede aceptar la propuesta de Dios o rechazarla.

Por eso, el misterio de la libertad está directamente emparentado con el misterio de la gracia: nuestra libertad real y concreta consiste en responder a la gracia, en responder a Dios que nos ama primero, lo cual le da a nuestra libertad una inimaginable y dramática profundidad, ya que nos lo jugamos todo en nuestra elección, tanto si ejercemos nuestra libertad eligiendo el bien y aceptando la gracia como si abusamos de la libertad y nos cerramos a la propuesta de amor de Dios. En el primer caso, el fruto de nuestra vida se proyectará mucho más allá de nuestras propias capacidades; y en el segundo, toda nuestra existencia se verá radicalmente frustrada.

Dios es amor y se nos da real y plenamente, pero para que se establezca la comunión a la que su amor aspira, necesita nuestra respuesta de amor, que solo puede ser fruto de nuestra libertad. Si aceptamos entregarnos a la invasión de Dios, sufriremos una maravillosa transformación que nos capacitará para el amor divino; pero si no la aceptamos, esa transformación será imposible.

La confluencia de la libertad y la gracia nos coloca ante un drama insondable, pero muy real. No se trata de un juego, puesto que con Dios no se juega, como tampoco se puede jugar con el amor. Ya lo dice san Pablo: «No os engañéis: de Dios nadie se burla. Lo que uno siembre, eso cosechará» (Gal 6,7). En un drama tan real que le cuesta la vida al mismo Hijo de Dios, por lo cual no podemos entrar en él inconscientemente, cargados sólo con nuestros buenos sentimientos, teorías o vanos propósitos.

La seriedad de este asunto se pone especialmente de manifiesto en el respeto de Dios por nuestra capacidad para decir «sí» o «no» a su invasión¹¹, lo cual tendrá unas maravillosas o terribles consecuencias. Y en ninguno de los dos casos hace falta que seamos

plenamente conscientes de nuestra decisión y de sus consecuencias, basta que nos dejemos arrastrar a un camino clara o vagamente intuido. Esto es lo que sucede con los santos anónimos, pero también con los condenados anónimos. Para unos, basta con dejarse arrastrar por la atracción natural hacia el bien y la bondad; pero para los otros es suficiente con utilizar cualquiera de los muchos sofismas con los que se justifican teóricamente los comportamientos que más interesan. Y aquí, ¿dónde está la libertad? Pues, sencillamente, en el primer caso en la elección del camino más duro, y en el segundo en la elección del camino fácil para huir del esfuerzo y el sufrimiento. Y no olvidemos lo que dice el Señor a este respecto: «Entrad por la puerta estrecha. Porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos entran por ellos» (Mt 7,13).

Ésa es la razón por la que no deberíamos aspirar a una santidad inconsciente o «anónima», pues para algo hemos recibido gracias de todo tipo. Por eso, si conocemos la gravedad de la decisión ante la que nos coloca la gracia y sus consecuencias, conviene que trabajemos decididamente por ser muy conscientes de nuestra situación y del proceso en el que, lo queramos o no, estamos metidos. Lo cual se reduce, como veremos enseguida, a realizar el acto de libertad por el que elegimos el amor al que nos empuja la gracia, o nos resistimos a él.

Para entender bien la respuesta de nuestra libertad a la gracia es necesario que comprendamos el nivel de compromiso que comporta dicha respuesta: Dios nos lo ha dado todo en Cristo, por eso no podemos corresponderle dándole solamente una parte de lo nuestro -en tiempo, bienes, salud, afectos...-, sino que le corresponde una entrega absoluta por nuestra parte; por eso debemos entregarnos del todo a Aquel que se nos entrega del todo. Ése es el reto del amor que debe asumir nuestra libertad.

Aquí podemos descubrir las grandes diferencias que existen entre lo que el mundo y Dios nos ofrecen y nos piden: el mundo nos ofrece todo aquello que nos hace creer que necesitamos y aparentemente nos exige muy poco, mientras que Dios nos ofrece todo lo

que realmente necesitamos y nos pide que lo dejemos todo para seguirle. El problema estriba en que lo que Dios nos ofrece no solemos valorarlo, nos pasa desapercibido o creemos poder prescindir de ello para vivir, como le sucedió a la samaritana con el agua que le ofrecía Jesús (cf. Jn 4,1-15) o con el pan vivo que despreciaron sus discípulos (cf. Jn 6,60-66); y lo que nos pide nos resulta tremendamente oneroso porque supone renunciar a todo; aunque, en realidad nuestro «todo» es bien poco en comparación con el «todo» que nos da él, tal como el mismo Jesús nos dejó claro en las parábolas del tesoro y de la perla (Mt 13,44-46).

En el fondo, se trata de la permanente pugna entre la falsa y atractiva libertad que promete el mundo y la verdadera y dolorosa libertad que nos pide Dios. En el caso del mundo, una libertad enmarcada en multitud de seductoras ideologías, y en el caso de Dios, la libertad que acompaña a la Cruz. Estamos ante la fuerte seducción de lo fácil y más externo frente a la sutil seducción del Amor, que nos conquista suavemente desde lo profundo del corazón. Y así es como cobra todo su sentido la pregunta con la que el Señor quiere obligarnos a decantar nuestra vida: «Yo te lo he dado todo, hasta entregarme a la muerte por ti, ¿quieres seguirme?».

Además, a esto debemos añadir otra gran diferencia, que analizaremos más adelante: mientras el mundo -y el demonio- fuerzan nuestra libertad para que les demos todo a cambio de nada, el Señor respeta nuestra libertad para darnos todo a cambio de lo poco que realmente podemos darle. Por esta razón, la oferta de Dios pasa necesariamente por la tentación, que aparece cuando descubrimos que el amor de Dios nos llama e intentamos responderle entregándonos «del todo». Entonces surge una trampa en la que solemos caer, que consiste en aceptar la renuncia que exige esa entrega, no como un acto sino como un «proceso» de renuncia por el que le damos a Dios cada vez más cosas de nuestra vida. Evidentemente esto no está mal, salvo que sea una estrategia para evitar darle aquello que realmente le debemos dar. Tras una aparente generosidad se esconde la desconfianza y el miedo de entregarle libremente a Dios lo que realmente espera y necesita para

poder llevarnos a la unión con él. Veamos en detalle cómo se lleva a cabo este proceso:

Parto del convencimiento de que Dios me ama y quiere que me entregue completamente a él, para lo cual tengo que darle «todo lo que soy y tengo». Y, a partir de ahí, me dedico a tratar de ser más «fiel» en mi entrega; es decir, a darle más cosas al Señor, procurando eliminar defectos y pecados e incrementar las virtudes. Y así, voy dándole más y más, con la esperanza de llegar a darle todo algún día. Aunque sé bien que todo, absolutamente todo, probablemente no llegue a dárselo nunca. Pero, al menos trataré de darle lo más posible, y quizá llegue al 90% de entrega o al 98%..., lo cual sería muy consolador. Y pienso: «Los santos son los que le han entregado a Dios el 100% de su vida y yo seré más santo cuanto más me acerque a ese porcentaje». Sin embargo, la realidad es que los santos son santos porque entregaron a Dios «todo», un «todo» que no es el 100% material de su vida, sino su pobreza. Eso es lo único que me pide Jesús cuando dice que el que quiera seguirle tiene que «negarse a sí mismo».

Pero a la hora de la entrega, existe algo que me resulta casi imposible darle a Dios, porque es lo más mío, lo que me define, aquello sin lo que no puedo vivir... Quizá es algo muy pequeño, pero que me condiciona absolutamente. De modo que, si yo llego a darle a Dios el 99,99% de mí y me reservo ese 0,01%, que es lo más mío, en realidad no le he dado nada. Mientras que, si le doy mi pobre 0,01% del que no me puedo desprender sin morir, se lo he dado todo. Y si hago esto, no me costará nada darle el resto hasta entregarme absolutamente; mientras que, si me reservo mi pobreza, me pasaré la vida tratando de darle más y más de algo que nunca podrá suplir lo único que Dios espera de mí. Podré acumular más virtudes o méritos, pero estaré al margen de la única dinámica que lleva a la santidad, la dinámica del verdadero amor, que es el que se demuestra en la aceptación de lo que soy en esencia, que es ser «pobre», para poder entregar lo que me define realmente, que es mi pobreza.

En el fondo, el proceso es bastante simple y consiste en algo tan sencillo -lo que no quiere decir que no duela- como situarme en la verdad de quién es Dios y quién soy yo realmente. Y desde la verdad de lo que soy, tomar conciencia clara de mi pobreza, mi cruz, mi gracia, mi tentación, mi identidad sobrenatural, mi vocación y mi misión. Entendiendo ese «mi» como lo esencial. No basta con conocer algún aspecto de lo que me hace pobre, alguna parte de mi cruz o algunas gracias recibidas; es necesario que reconozca esa única pobreza que es más mía y me determina, la cruz concreta que me condiciona absolutamente, la gracia, la identidad, la vocación y la misión absolutamente únicas que me definen, así como la tentación concreta que utiliza todo lo anterior para que cambie el proyecto único de mi santidad personal por un proyecto diferente al que Dios tiene para mí.

d) El amor y el acto de libertad

Reconocer la llamada que el amor de Dios nos dirige personalmente, su fuerza y la entrega que él espera de nosotros nos lleva necesariamente a descubrir que se trata de una llamada a nuestra libertad, porque el amor libre de Dios reclama una respuesta también libre, pues sin libertad no puede existir verdadero amor. Así pues, hablar de amor en el contexto de la gracia es hablar de libertad, y no de perfección moral, como se suele entender. Esto desmonta la excusa de que no podemos aspirar a la santidad porque no somos «perfectos», y nos libra de pretender una santidad elitista o inalcanzable. Lamentablemente, casi todos los que se sienten llamados a la santidad la identifican con la perfección moral -o material-, lo cual los desanima, ya que, a pesar de sus esfuerzos, se descubren incapaces de alcanzar ese tipo de estado de perfección y, menos aún, mantenerse permanentemente en él. La conciencia de ser pecadores los inhabilita para ser santos por el camino de la perfección material.

Pero eso no es evangélico; más bien es contrario al Evangelio, que es una invitación a los pecadores -no a los perfectos- a la santidad posible. Si no, fijémonos en el buen ladrón (Lc 23,39-43), que

alcanzó la santidad facilísimamente en un instante, a pesar de ser un notable pecador. En contraste, miremos al joven rico (Mc 10,17-22), que era perfecto en el cumplimiento religioso, pero fue incapaz de dar el salto a la santidad. En verdad cumplía impecablemente, pero no amaba, tratando de llenar el vacío del amor con el cumplimiento religioso materialmente intachable; y por eso fue incapaz de renunciar a sus bienes e, incluso, de plantearse esa renuncia.

¿Cuál es la diferencia esencial que existe entre estos dos personajes? Sencillamente, que uno está dispuesto a centrar su vida en Jesús y el otro no, que uno se dispone a la adoración y el otro se parapeta en sus seguridades, que uno se abre a Dios y el otro se cierra sobre sí mismo, que uno está en la cruz y el otro disfrutando de sus bienes. Y a partir de su decisión se decantan sus vidas de manera determinante.

Existen otros ejemplos de estas dos actitudes en los evangelios, como, por ejemplo, el fariseo y el publicano de la parábola (Lc 18,9-14) o el fariseo que invita a Jesús y la pecadora que le lava los pies (Lc 7,36-50). En todos los casos vemos que lo que realmente se juega es el acto de libertad por el que uno se entrega al Señor o se resiste a entregarse y, además, queda patente que ese acto no exige la garantía material de impecabilidad, sino la sincera disposición a entregar a Dios la propia pobreza -incluso el mismo pecado-, a sabiendas de que, a pesar de ello, no deja de ser imperfecto y pecador.

Quien realiza el acto de libertad que fundamenta el acto de amor para entregarse al Señor es, de hecho, el pecador; y la fidelidad que exige ese acto no consiste en que ese pecador realice el milagro de convertirse en perfecto e impecable, sino en que se tome en serio el mantenerse permanentemente en la disposición de entregarse por completo al Amor tal como es, ratificando humildemente esa entrega cada vez que se pone de manifiesto su limitación y su pecado. Dios no necesita nuestras «perfecciones», pues las tiene todas, sino nuestro amor, que se muestra en el ofrecimiento de nuestra pobreza. Es lo que vemos claramente en la relación de Pedro con Jesús, en la que el discípulo se entrega una y

otra vez al Maestro, a pesar de que se le imponen reiteradamente sus limitaciones y pecados. Jesús no espera de Pedro que sea perfecto -con la perfección de la impecabilidad-, sino que, sin dejar de reconocerse pecador, responda a la elección inmerecida de que es objeto por parte de su Señor con un deseo humilde y real de entregarse a él.

Aparte de recordar su triple traición, el interrogatorio al que somete Jesús resucitado a Pedro (Jn 21,15-19) tiene como objeto situar al discípulo en la actitud de pobreza, hecha adoración, que le abre a la Misericordia. Con sus tres preguntas, Jesús quiere romper cualquier atisbo de autosuficiencia que pudiera tener su apóstol. Por eso, después de la primera respuesta («¡Por supuesto que te quiero más que los demás!»), Jesús repite la pregunta, como si la contestación de Pedro fuera insuficiente o inválida. Y nuevamente, tras la segunda respuesta («¡Claro que te quiero!»), Jesús vuelve a preguntar por tercera vez, hasta romper la coraza del discípulo, que acaba reconociendo humildemente: «Señor, sabes que soy un pobre pecador, capaz de traicionarte y abandonarte. No puedo presumir de haberte sido fiel; pero tú, que lo sabes todo, sabes que, en el fondo y a pesar de mi miseria, te amo con todas mis fuerzas». Y aquí acaba el escrutinio. Pedro ha encontrado su verdadero sitio y en él encuentra su misión; no la que merece por ser «perfecto», sino la que puede recibir siendo pecador: «Apacienta mis ovejas y sígueme». Todo está ya en paz: Pedro ha hecho el acto de libertad por el que se entrega humildemente a Jesús y éste lo transforma y le da una misión según su voluntad.

Una actitud semejante a la que se le pide a Pedro, pero mucho más generosa, es la de Zaqueo (Lc 19,1-10). Es un publicano, un pecador público, excluido del templo y de la salvación por enriquecerse a costa de recibir beneficios cobrando los impuestos con los que los romanos sojuzgaban al pueblo de Dios. Cuando recibe la visita de Jesús en su casa se ofrece a dejarlo todo por él y se compromete a devolver multiplicado el dinero que se había quedado injustamente, lo cual resultaba imposible pues no podía conocer la cantidad de dinero defraudado, y, en todo caso, seguro que

carecía de fondos para dar la mitad de sus bienes a los pobres y devolver cuatro veces más a quien hubiera robado. Sin embargo, esta misma falta de cálculo es lo que manifiesta su disposición a una entrega total que no se le pide, y que es precisamente lo contrario del cálculo que hace el joven rico cuando Jesús le invita a seguirle.

e) Dios nos hace libres

Tal como estamos viendo, Dios llama a la puerta de nuestra libertad, y lo hace con toda la fuerza de su amor manifestado en la entrega de su Hijo para nuestra salvación y santificación; pero, a la vez, llama con gran suavidad y respeto, precisamente porque llama a nuestra libertad y espera nuestra respuesta libre. Su gracia nos invitará a entregarnos, pero en ningún momento nos forzará, de modo que todo se juega en nuestra respuesta, para la que somos -o hemos de ser- absolutamente libres.

Mientras el mundo trata de condicionar nuestra razón con falacias y nuestra voluntad con presiones de todo tipo, Dios actúa con total delicadeza, ayudándonos a ser plenamente libres; y esto lo hace evitando someternos a disquisiciones vanas o impulsos y presiones de cualquier tipo. Si nos forzara, aunque solo fuera un poco, no seríamos completamente libres, y no le podríamos dar el verdadero amor que él espera de nosotros porque, como hemos visto, lo que él quiere es la entrega libre, amorosa y confiada de nuestra pobreza. Así pues, Dios se limita simplemente a ofrecernos la verdad y la gracia, que es él mismo, aceptando, por respeto a nuestra libertad, que podamos negarlas o rechazarlas.

Esto lo vemos claramente en el comportamiento de Jesús, que no sólo actúa con gran libertad, sin dejarse influenciar por nadie, sino que ayuda a que los demás sean libres. Por eso, podemos comprobar como la invitación a seguirle es enormemente respetuosa con la libertad del otro, evitando toda presión o fuerza: «Si alguno quiere venir en pos de mí...» (Mc 8,34). Incluso cuando esa invitación parece imperativa -«¡Sígueme!»- permite fácilmente a sus interlocutores que se alejen o pongan condiciones (cf. Lc 9,59-

62). Por eso, cuando la mayoría de sus seguidores lo abandonan y quedan sólo los apóstoles, Jesús no sólo no intenta retener a los que se van, sino que se vuelve a los pocos que se han quedado y les ayuda a actuar con libertad, sin presiones, eliminando incluso las que ellos pudieran sentir provenientes del Maestro: «¿También vosotros queréis marcharos?» (Jn 6,67). Esto es algo que ya aparece en el Antiguo Testamento, cuando Dios establece la alianza con su pueblo y les pide un compromiso que sea fruto de una decisión absolutamente libre, tal como les dice Josué después de establecerse en la tierra prometida: «Si os resulta duro servir al Señor, elegid hoy a quién queréis servir: si a los dioses a los que sirvieron vuestros padres al otro lado del Río, o a los dioses de los amorreos, en cuyo país habitáis; que yo y mi casa serviremos al Señor» (Jos 24,15)¹².

f) El salto de la libertad y el salto de la fe

La clave de la santidad está en el punto concreto donde se unen la verdad, la fe y el amor en un acto; un simple acto que es, precisamente, el acto de la más pura libertad. Es el momento en el que, consciente del amor de Dios y de mi pobreza, de su llamada y de mis ataduras, acepto el riesgo de abandonar las falsas seguridades, deshacerme de las ataduras, y me lanzo a los brazos de Dios, abandonándome a su acción transformadora. En un verdadero salto al vacío, en el que, gracias al ejercicio de la libertad y de la fe, supero el ámbito de los cálculos y capacidades humanas -que no tienen en cuenta a Dios- y me abro a la acción de Dios, que cuenta con lo humano, pero lo trasciende.

Cuando se ha entendido la necesidad absoluta de saltar más allá de las propias ataduras para empezar a ser plenamente humano -es decir, santo- es cuando se puede entender que ese salto de la libertad sólo es el impulso del verdadero salto, que es el acto de fe, que nos permite abandonarnos verdadera y plenamente en Dios y hacer el acto de adoración por el que asumimos nuestra pobreza -con nuestras esclavitudes- para ofrecerla a Dios con todo lo que somos, con el fin de que él lo consuma en el fuego de su

misericordia y nos transforme en espejos de su gloria e instrumentos de su amor.

Es muy importante que el acto de libertad sea concreto y real, y no se quede en un sentimiento o en una simple intención. Además, no se trata de una acción cualquiera, sino del acto que responde a nuestra verdadera pobreza, está movido exclusivamente por el amor más apasionado a Dios -como correspondencia a su amor-, y tiene como objeto permitir el preciso salto de la fe al que Dios nos llama.

Esto es, justamente, lo que vemos en las decisiones radicales de ciertos santos, que eligen un acontecimiento significativo para hacer un ejercicio riguroso de libertad por el que toman una decisión radical que compromete su vida y expresa su fe y su amor a Dios de forma clara y fehaciente. Ya en el Antiguo Testamento vemos que esto es lo que hace Abrahán al dejar su casa y ponerse en camino a lo desconocido; y, más adelante, disponiéndose a sacrificar a su hijo (cf. Gn 12,1-4; 22,1-18). Igualmente, María hace este acto cuando abandona su pueblo para atender a Isabel sin hablar con José o con sus padres (Lc 1,39-40). Es lo que hizo santa Teresa de Jesús cuando quiso salir de la mediocridad e indecisiones en las que estaba sumida, y arrodillada le dice a Jesús que no se «había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba», que era encarrilar de manera firme su vida hacia Dios. Lo mismo, san Francisco de Borja, que al ver el cadáver de la emperatriz Isabel decide «no más servir a señor que se pueda morir» y cambia radicalmente su vida palaciega por el servicio de Dios. Especialmente significativo en este sentido resulta el acto de santa Teresa del Niño Jesús en la Navidad de 1886, renunciando a dejarse llevar por sus sentimientos e imponiéndose sobre sus lágrimas para decidir firmemente que en adelante nunca llorará por nadie que no sea Jesús¹³.

Vemos, pues, que se trata de un acto concreto que expresa la aceptación real de la pobreza, la humillación, el llanto o la persecución, según el espíritu de las Bienaventuranzas. Un acto por el que nos obligamos a situarnos en la humildad y confianza del

pobre que lo espera todo de Dios, en la mansedumbre del que renuncia a cualquier tipo de violencia, en las lágrimas de un sufrimiento aceptado, en el ansia de cumplir la voluntad de Dios, en la misericordia hacia los que nos hacen daño, y todo ello con un corazón purificado de segundas intenciones, aceptando la persecución como forma de unirnos a Cristo..., y renunciamos voluntariamente a defendernos o a hacer fuerza sobre los demás. Ciertamente puede parecer algo difícil o sobrehumano, pero hemos de ser conscientes de que la gracia que recibimos de Dios nos predispone a esa decisión; aunque siempre podemos resistirnos y tomar el camino contrario a las Bienaventuranzas, que es el más fácil porque concuerda mejor con los valores del mundo y con nuestras ataduras y nos hace aparentemente más «humanos».

Éste es el punto en el que hay que elegir entre Dios y el mundo, entre las Bienaventuranzas y nuestras ataduras; es el momento concreto en el que debemos decidir libremente, el instante clave en el que todo se decanta. Ahí es donde aparece el amor infinito de Dios que da consistencia a todo. Pero también, en el mismo punto, surgen el silencio del mismo Dios y las imposiciones del mundo y de la carne; y, sobre todo, la humildad de un Dios que no presiona ni se impone. Esto mismo actúa en contra de él -ahí está su humildad-, pues normalmente no nos jugamos la condenación en este tipo de elecciones, sino la locura del amor. Sin la cual puede que nos salvemos, pero perdiendo la posibilidad de revivir en nosotros a Cristo, de ser alabanza de la gloria del Padre e instrumentos eficaces de la salvación, que es para lo que hemos sido creados.

Y aquí tenemos el clima perfecto para la tentación de la mediocridad, que nos dice que «no pasa nada» si renunciamos a llevar hasta el final la locura de un amor excesivo o exagerado, conformándonos con ser simplemente buenos. Pero no pensamos que «no pasa nada» si renunciamos al desprecio del mundo para afrontar el salto de la fe. En el fondo, nos importa más encajar cómodamente en el mundo que realizar aquello para lo que hemos sido

creados; y nos da más miedo perder el aprecio del mundo que frustrar en nosotros la gracia de Dios.

Para avanzar en la libertad, deberíamos dedicar tiempo a contemplar a Jesús, que elige libremente la voluntad del Padre en contra de lo que el mundo comprende o acepta, sobre todo en los momentos en los que tiene que ejercitar su libertad llevando su amor hasta el límite: en la encarnación, en su vida oculta, en las tentaciones en el desierto, en Getsemaní y a lo largo de su pasión. En algunos de estos momentos podemos ver con especial claridad que el acto de libertad no tiene en Jesús nada de automático o inconsciente, sino que comporta un duro ejercicio de realismo y vencimiento:

Ahora mi alma está agitada, y ¿qué diré? ¿Padre, líbrame de esta hora? Pero si por esto he venido, para esta hora: Padre, glorifica tu nombre (Jn 12,27-28).

Padre, si es posible que pase de mí este cáliz. Pero no se haga como yo quiero, sino como quieres tú (Mt 26,39).

Jesús tiene que sobreponerse a la angustia y al miedo para ser libre de la misma forma dolorosa con la que nosotros tenemos que ejercitar nuestra libertad para decir «sí» a Dios desde nuestras ataduras.

Ahora bien, si esto es así, debemos plantearnos si creemos de verdad que lo que Dios nos propone es una auténtica ganancia para nosotros, y si estamos dispuestos a dar el salto de la fe en el momento presente -en cada momento- como la única forma de demostrar que nuestra fe es verdadera y real. Pero eso supone que debemos renunciar a un mundo y unos valores en los que prima una eficacia incompatible con la fe. Quizá pueda parecernos evidente que queremos hacer esta renuncia, pero el gran interés que demostramos pidiendo constantemente a Dios que nos libre de las dificultades manifiesta que, en el fondo, creemos que la fe tiene que servirnos para eludir el sufrimiento.

Esta tendencia supone que el sufrimiento desdice de la bondad de Dios, y es especialmente clara entre muchos protestantes y en no pocos católicos, y tiene su mejor expresión en la búsqueda

milagrosa de soluciones inmediatas como un derecho, por lo que se empeñan en convencernos de que tenemos que pedir a Dios que nos libere de las dificultades, con la seguridad de que él siempre lo hará si tenemos fe. Sin embargo, en realidad, la fe lleva a lo contrario: a disponernos a la cruz, a abrazar un sufrimiento que quizá podríamos evitar, o al menos a no rebelarnos contra él, porque vemos en él la sombra del Crucificado y no tenemos mejor ocasión o medio para expresarle, con verdad y claridad, nuestro amor y la unión con él a la que ese amor nos empuja.

4. Hacernos libres

La libertad es la clave de la santidad, porque necesitamos ser libres para secundar la acción de Dios que nos impulsa por medio del Espíritu; por eso resulta imprescindible que emprendamos la tarea de *hacernos* libres, descubriendo y practicando aquellos medios que en concreto nos van haciendo libres para ser santos.

a) Libertad y verdad

Para ir por pasos, lo primero que hemos de tener en cuenta es que la libertad es incompatible con vivir de sentimientos, sueños o ideales teóricos. Esa tendencia nos lleva a tratar de huir de la realidad, y, para ello, nos mueve a mirar a otra parte. El mundo, el demonio y nuestro propio «yo» -nuestros verdaderos enemigos- están perfectamente conjuntados para llevarnos a la dispersión, la diversión o las teorizaciones; todo con el fin de impedirnos mirar y conocer la realidad, de modo que no tengamos que afrontar la verdad. El resultado es una vida que puede ser muy divertida o muy exigente a nuestra manera, pero que no es real y, por lo tanto, no sirve para nada, es estéril. Esta falta de fruto en vidas tan aparentemente radiantes es lo que lleva a esa frustración esencial que exige ser compensada con medios alienantes y destructivos, como la droga, el alcohol o las religiones y sectas radicalizadas ideológicamente.

Libertad y verdad están esencialmente unidas; por eso, el que quiere ser libre debe mirar valientemente la realidad, para

descubrir la verdad y vivirla en el momento presente. A partir de ahí se puede hacer el acto de fe en el que se fundamenta el seguimiento de Cristo.

Si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres (Jn 8,31-32).

Por lo tanto, si queremos ser libres debemos partir de la verdad de quiénes somos realmente y de la verdad de quién es Dios, tal como nos lo muestra Jesucristo. Fuera de esos dos aspectos de la verdad no hay libertad ni santidad, sino engaño y esclavitud a la mentira.

b) Fidelidad en el momento presente

Ya hemos aludido al acto heroico que expresa la autenticidad de la fe y el amor por el que comprometemos nuestra vida y sentamos las bases de una verdadera conversión. Sin embargo, una vez realizado este acto no termina todo, sino que realmente comienza el verdadero proceso de conversión, por lo que habremos de mantener permanentemente la actitud que alimentó dicho acto, tratando de repetirlo todas las veces que sea posible. Pero la libertad se desarrolla a partir de actos continuados de libertad y, puesto que las ocasiones de heroísmo no son frecuentes, es muy importante que aprovechemos la actitud que movió ese acto decidido para mantener dicha actitud en la vida ordinaria, de modo que creemos un espíritu de libertad que informe de manera continuada las pequeñas y grandes decisiones de nuestra vida.

Esto exige vivir a fondo el momento presente, con conciencia lúcida de que es ahí donde Dios se hace presente y donde cumplimos su voluntad. No olvidemos que ni el pasado ni el futuro son «reales», puesto que el primero ya fue y el segundo todavía no ha sido; solo existen como recuerdo o como proyecto, pero no como algo «real». Lo único que tiene consistencia real es el momento presente. Por eso, el cristiano se centra en el «aquí y ahora» para decidir en cada instante lo que debe hacer y cómo debe hacerlo para cumplir la voluntad de Dios. Así, en esa continuada serie de

decisiones libres, va creciendo en la libertad que se inició con el salto de fe en libertad que marcó el camino.

Esta línea de actuación es tan importante que, incluso cuando se rompe como consecuencia del pecado, hay que rescatarla cueste lo que cueste. Una de las consecuencias del pecado es que enfría el espíritu e insensibiliza la conciencia, lo que dificulta la toma de decisiones libres para mantener la fidelidad a Dios. Por eso, aunque el pecado pueda desorientar o desanimar, se debe hacer un ejercicio firme en el orden del acto heroico inicial para mantener el espíritu de dicho acto y seguir creciendo en libertad.

Hemos de reconocer, sin embargo, que este tipo de comportamiento en libertad no es habitual, y todos experimentamos con frecuencia la fuerza del pecado en nuestra vida. Ello nos obliga a prestar una atención especial a la tentación de justificarnos que sobreviene cuando caemos en el pecado y, sobre todo, cuando se trata de pecados recurrentes. La principal dificultad para rescatar la libertad de las garras de la esclavitud a la que nos lleva el pecado consiste en vencer este tipo de tentaciones, que van en la línea de pensar que «tanto tiempo intentándolo y no he podido lograrlo, no lo voy a conseguir nunca, es imposible, mi pecado demuestra que no soy capaz...». El ejercicio de libertad en estas ocasiones exige una decisión firme de actuar bien, a pesar de haberlo hecho mal muchas veces, cueste lo que cueste, contando con la tentación que aparece en esos momentos y evitando hacerle caso.

c) Aceptar las consecuencias y los medios de la elección

La determinación en la libre elección del camino debe ratificarse permanentemente en la libre elección de todos y cada uno de los elementos que conforman ese camino. No basta con elegir un estado de vida, una vocación contemplativa o una renuncia concreta que nos lleva a la santidad. Para que esa elección sea verdadera y plenamente libre hay que elegir los medios concretos y aceptar las consecuencias de esa elección, y ratificarlos cada día. Sin esa

elección plena y permanente de los medios nuestra libertad se habrá ejercitado de forma puntual y teórica en un momento determinado, pero no habremos ejercido o mantenido la plena libertad, que debe tener delante el conjunto y el contexto de la elección libre hacia la santidad. Es lo que hizo santa Teresa del Niño Jesús después de la decisión heroica a la que aludimos en su momento, de modo que, después del acto de vencimiento -libertad-, decidió mantenerse firme en esa misma disposición, costase lo que costase, trabajando toda su vida por ser fiel a ese propósito y actualizándolo con especial fuerza en los momentos más duros de la vida.

En el mismo sentido, san Pablo, que luchó toda su vida por ser apasionadamente fiel a Cristo después de su conversión, puede reprochar a los cristianos de Galacia que vuelvan a la esclavitud con palabras que deberían hacernos reflexionar a nosotros:

Me maravilla que hayáis abandonado tan pronto al que os llamó por la gracia de Cristo, y os hayáis pasado a otro evangelio (Gal 1,6).

¡Oh, insensatos Gálatas! ¿Quién os ha fascinado a vosotros, a cuyos ojos se presentó a Cristo crucificado? Solo quiero que me contestéis a esto: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley o por haber escuchado con fe? ¿Tan insensatos sois? ¿Empezasteis por el Espíritu para terminar con la carne? (Gal 3,1-3).

Pero, en otro tiempo, cuando no conocíais a Dios, erais esclavos de seres que en realidad no son dioses; mas ahora que habéis conocido a Dios, o, mejor dicho, que Dios os ha conocido, ¿cómo os volvéis de nuevo a esos elementos sin eficacia ni contenido y queréis volver a ser sus esclavos como antes? (Gal 4,8-9).

Para la libertad nos ha liberado Cristo. Manteneos, pues, firmes, y no dejéis que vuelvan a someteros a yugos de esclavitud (Gal 5,1).

Finalmente, podemos buscar otras resonancias sobre nuestras incoherencias en el ejemplo de los israelitas que, ante las dificultades que encuentran en el desierto, anhelan las ventajas de la esclavitud en Egipto: Ex 16,3; 17,3; Nm 11,5-6; 16,12-14; 20,2-5; 21,4-5; Dt 1,27.

d) Ejercitarnos en la libertad

La libertad se mantiene y desarrolla por medio del ejercicio de la misma libertad. No basta el aprendizaje teórico, ni las meras renunciaciones que, por exigentes que sean, dejan intacta una libertad que sólo puede crecer eligiendo el bien, la verdad, el amor en contra de las presiones exteriores y los condicionantes internos. Con la libertad sucede como con nuestra musculatura, que si no la ejercitamos se atrofia y pierde fuerza, y luego cuesta mucho recuperarla.

Además, hemos de tener en cuenta que para que la libertad crezca no basta ejercitarla en lo que nos resulta fácil o cómodo, sino llevándola hasta el límite, haciendo libre elección de aquello que nos parece -o es- prácticamente imposible. Y en esos momentos, en los que llevamos la libertad al límite, es en los que debemos contar especialmente con la gracia, pero para avanzar en el vencimiento propio y no para mantenernos en la comodidad de unas elecciones que, en realidad, no exigen nada a nuestra libertad.

El poder de la libertad le es dado al hombre sólo en germen: debe crecer con él [...]. Aumenta la libertad cada vez que se va hasta el límite de las energías de la voluntad en la realización del bien. La libertad es el poder que tiene el hombre de superarse a sí mismo en cada acto -a veces sólo un paso- adquiriendo así la libertad nuevas posibilidades. La libertad que permanece ociosa -en virtud de repetidas omisiones y negligencias-, o que no va hasta el límite de sus posibilidades se atrofia [14](#).

e) Purificar la intención

Junto con el ejercicio de la libertad misma, es imprescindible cribar los motivos verdaderos de nuestras elecciones, de modo que no nos conformemos con obrar externamente el bien, sino que lo hagamos por los motivos verdaderos, con la tarea que la espiritualidad clásica denomina «purificar la intención». La perseverancia en las decisiones que afirman nuestra libertad resultará imposible sin este trabajo por la verdad de las motivaciones e intenciones que debemos mantener por medio de una constante revisión y purificación.

Si la libertad depende en buena parte del ejercicio (pero el ejercicio de verdadera libertad), depende más todavía del cultivo amoroso y razonado de los motivos del bien obrar¹⁵.

f) Libertad y cruz

Es probable que el peso de nuestras ataduras y la experiencia de nuestra fragilidad nos convenzan de que no podemos conseguir ser plenamente libres; y la misma dificultad para conocer y deshacer todas las ataduras que nos impiden responder la llamada de Dios nos puede llevar a la frustración. Pero, puesto que Dios nos quiere libres y puede hacer que lo seamos, lo único que nos queda es permitir que él desprenda de nosotros todas las ataduras y sea quien nos haga libres. Y esto sólo es posible aceptando incondicionalmente el despojo que Dios realiza en nosotros por medio de la cruz para que, muertos a nosotros mismos, seamos la materia que él necesita para transformarnos y realizar la obra maravillosa que proyectó para nosotros desde toda la eternidad.

Así es como descubrimos que, paradójicamente, la cruz es lo que nos hace libres; pero no de cualquier manera, sino de un modo determinado: allí donde nuestras miserias, limitaciones, pecados y condicionantes nos llevan al límite de la esperanza, nos arrebatan las fuerzas y la ilusión, allí mismo es donde podemos abrazar lo que somos y decir «sí» a Dios de verdad, permitiendo que actúe en lo que es más nuestro y realizando el único acto que está a nuestro alcance para lograr la verdadera libertad, que es ofrecerle nuestra miseria. Sólo ahí podemos hacer el acto de libertad que nos hace libres y nos permite dar el salto de la fe sin el cual no es posible la transformación cristiana. Por eso, san Pablo puede decir que «cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2Co 12,10).

Pero nada de esto es posible si no vivimos en el clima de la verdad, buscándola apasionadamente y dispuestos a pagar el alto precio que tiene el encontrarla. Principalmente por eso es por lo que el verdadero cristiano busca la cruz y la ama. No busca el sufrimiento, ni mucho menos lo ama; pero sí busca y ama ese sufrimiento -muy preciso- que es lo más suyo, el más demoledor y el

que más sintoniza con la pasión de Cristo; y en el que puede ser más verdaderamente él mismo, dándole a Dios la decisiva respuesta de amor en libertad.

La elección libre del seguimiento de Cristo lleva a una verdadera «aniquilación» personal (*kénosis*) semejante a la del Señor y en la que el sufrimiento, fruto del amor, tiene pleno sentido y da verdadero fruto, que es hacernos libres para amar de verdad. Porque, así como Cristo murió en la cruz para alcanzar la resurrección, también nosotros estamos llamados a transformarnos para vivir la vida nueva de la gracia si aceptamos dejarnos liberar por él participando de su cruz y su resurrección.

Para la libertad nos ha liberado Cristo. Manteneos, pues, firmes, y no dejéis que vuelvan a someteros a yugos de esclavitud (Gal 5,1).

g) Libertad, cruz y muerte

El proceso de la libertad no sólo pasa por la cruz, sino que culmina con la muerte, que sintetiza y concluye perfectamente la dinámica libertad-amor-fe. El Dios que me llama a su seno me invita al final de la vida a entregarme absolutamente a él. Y cuando se realiza esa entrega libre por amor, aceptando el sufrimiento en cruz como forma concreta de ejercitar la libertad por amor y como salto definitivo de la fe, el proceso que se va realizando a lo largo de la vida madura y culmina en la muerte. Ella llega cuando Dios desea recoger los frutos sembrados desde la eternidad y me llama a que concluya el camino realizado, haciendo un último acto de libertad. Es el acto por el que me abandono finalmente en él y termino de entregarme del todo, en un postrer acto de amor que me impulsa al acto definitivo de fe, que me abre de par en par las puertas de la Misericordia por toda la eternidad. Y ahí es donde todo se decanta, y podemos cosechar, con gozo inacabable, el fruto pleno de la vida por la que hemos optado libremente. Por esta razón es tan importante que nos vayamos entrenando para la muerte y aceptemos aquellas muertes «parciales» que van apareciendo a lo largo de la vida, en forma de fracasos, enfermedades, limitaciones, pérdidas, etc.

El cristiano sabe -o debe saber- que la muerte es la última y gran humillación por la que se alcanza la victoria definitiva que permite llegar al grito triunfal de la libertad: «¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?» (1Co 15,55). Esa libertad ante la muerte es la consecuencia natural del convencimiento de que «para mí la vida es Cristo y el morir una ganancia» (Flp 1,21). Afrontar así la muerte es la garantía de la autenticidad de una vida de seguimiento de Cristo.

5. Espíritu y libertad

Ya vimos al principio del capítulo cómo el gemido del Espíritu nos mueve a dejarnos transformar por Dios y nos pone ante la decisión que marca nuestra vida y, en consecuencia, ante la necesidad de ejercer realmente nuestra libertad. No podemos terminar sin recordar que la libertad es un don del mismo Espíritu que gime en nosotros.

El Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, hay libertad (2Co 3,17).

Probablemente aquí, como es propio de san Pablo, el término «Señor» se refiere a Jesucristo, que es «espíritu» en contraposición con la «letra» del Antiguo Testamento. Por eso, su presencia en el cristiano le hace libre de la esclavitud del pecado y de la ley (cf. Rm 8,1-17; Gal 4,21-31). Pero eso no impide que entendamos que esa libertad es también fruto del Espíritu Santo, inseparable de Jesucristo y por el que éste se hace presente en nosotros; y, además, esta libertad podemos -y debemos- entenderla en su sentido más amplio, como la posibilidad de abrirnos al dinamismo de la gracia, tal como nos lo presenta el Nuevo Testamento. Sin embargo, también podemos entenderla como la posibilidad de cerrarnos a la gracia y permanecer -en cualquiera de sus formas- en el camino de la ley, del pecado y de la muerte. Merece la pena que profundicemos en ello de la mano de san Pablo:

Cuantos se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud, para recaer en el

temor, sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: «¡*Abba*, Padre!» (Rm 8,14-15).

La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha librado de la ley del pecado y de la muerte (Rm 8,2).

Cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción filial. Como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: «¡*Abba*, Padre!». Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios (Gal 4,4-7).

Vosotros, hermanos, habéis sido llamados a la libertad; ahora bien, no utilizéis la libertad como estímulo para la carne; al contrario, sed esclavos unos de otros por amor (Gal 5,13).

Cuando erais esclavos del pecado, erais libres en lo que toca a la justicia. ¿Y qué fruto obteníais entonces? Cosas de las que ahora os avergonzáis, porque conducen a la muerte. Ahora, en cambio, liberados del pecado y hechos esclavos de Dios, daís frutos para la santidad que conducen a la vida eterna (Rm 6,20-22).

El que ha sido llamado en el Señor siendo esclavo es liberto del Señor; de igual modo, el que ha sido llamado siendo libre, es esclavo del Señor. Habéis sido comprados a buen precio. No os hagáis esclavos de hombres (1Co 7,22-23).

. . .

Comenzábamos este capítulo aludiendo al gemido con el que Dios quiere atraernos hacia él para tratar de descubrir la manera que tenemos de ahogar ese gemido y esa atracción, y así evitarla. El camino que el Espíritu nos invita a recorrer, en clima de oración, debería hacernos conscientes y sensibles a esa voz interior, para ser capaces de descubrirla y dejarnos llevar por ella. Aunque pueda parecer un itinerario complejo o largo, la acción del Espíritu es simple y simplifica todo, de modo que su gemido en nosotros constituye la verdadera oración, que tenemos que hacer nuestra, dejándonos llevar por ella como quien se abandona suavemente a la poderosa corriente de un manso y caudaloso río que desemboca irremediabilmente en el inmenso mar de la Misericordia.

NOTAS

1 W. Stinissen, *Meditación cristiana profunda*, Santander 1982 (Sal Terrae), 42.

2 Puede verse lo dicho a este respecto en los capítulos I: «¿Por qué no soy santo?» (p. 15-37); III: «La simplicidad de la santidad» (p. 67-94); IV: «Una palanca hacia la santidad» (p. 95-136).

3 Discurso a los Caballeros de Colón durante su visita al Consejo Supremo en New Haven el 16 de junio de 1988.

4 G. Bernanos, *La libertad, ¿para qué?*, Madrid 1989 (Encuentro), 185.

5 Puede profundizarse en *Itinerario para la misión*, capítulo IX: «El ofrecimiento en pobreza crucificada».

6 Recordemos, por ejemplo, a Jesús afrontando decididamente el camino de la pasión a pesar a la incomprensión de Pedro (Mc 8,31-35); su fidelidad a Dios en Getsemaní pese a la soledad en que le dejan sus discípulos dormidos (Mt 26,36-45); su mansedumbre en la pasión, cuando sus discípulos huyen o actúan con violencia (Mt 26,47-56); su entereza en la cruz ante la burla de los judíos y la tentación de demostrar que es el Hijo de Dios bajando del madero (Mt 27,39-43).

7 Cf. San Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales*, n. 149-155.

8 Bernanos, *La libertad, ¿para qué?*, 64.

9 B. Häring, *La Ley de Cristo*, Barcelona 1965 (Herder, 4ª ed.), I, 144-145.

10 Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 387: «El pecado es un abuso de la libertad que Dios da a las personas creadas para que puedan amarle y amarse».

11 «El hombre, al creer, debe responder voluntariamente a Dios; nadie debe estar obligado contra su voluntad a abrazar la fe. En efecto, el acto de fe es voluntario por su propia naturaleza» (Concilio Vaticano II, Declaración *Dignitatis humanae*, 10; Cf. *Código de derecho canónico*, can. 748, 2). «Ciertamente, Dios llama a los hombres a servirle en espíritu y en verdad. Por ello, quedan vinculados por su conciencia, pero no coaccionados...Esto se hizo patente, sobre todo, en Cristo Jesús» (*Dignitatis humanae*, 11). En efecto, Cristo invitó a la fe y a la conversión, él no forzó a nadie jamás. «Dio testimonio de la verdad, pero no quiso imponerla por la fuerza a los que le contradecían. Pues su reino... crece por el amor con que Cristo, exaltado en

la cruz, atrae a los hombres hacia Él" (*Dignitatis humanae*, 11)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 160). Véase también el n. 311: «Los ángeles y los hombres, criaturas inteligentes y libres, deben caminar hacia su destino último por elección libre y amor de preferencia».

12 Cf. también Dt 11,26-28: «Mira: yo os propongo hoy bendición y maldición: la bendición, si escucháis los preceptos del Señor, vuestro Dios, que yo os mando hoy; la maldición, si no escucháis los preceptos del Señor, vuestro Dios, y os apartáis del camino que yo os mando hoy, yendo en pos de otros dioses que no conocéis»; 1Re 18,21: «Elías se acercó a todo el pueblo y dijo: “¿Hasta cuándo vais a estar cojeando sobre dos muletas? Si el Señor es Dios, seguidlo; si lo es Baal, seguid a Baal”».

13 Recordemos en este sentido todo lo dicho en el capítulo IV: «Una palanca hacia la santidad», donde analizamos detalladamente estos tres ejemplos.

14 Häring, *La ley de Cristo*, I, 147; cf. 151.

15 Häring, *La ley de Cristo*, I, 150.